

Dió un luís al portero, y se marchó en el lujoso coche que le esperaba á la puerta.

El portero, moviendo la cabeza, subió á la buhardilla... La barrió, quitó las telarañas, limpió los vidrios de la única ventana y, en suma, la dejó habitable en lo posible.

Al cabo de una hora volvió el desconocido acompañado de un mozo cargado con una caja de ébano, larga como un ataúd.

Dejó la caja en la buhardilla, volvió á bajar y al pasar por la portería, le preguntó el portero lo que contenía aquella caja negra.

—No sé; pero le aseguro que pesaba lindamente.

—¡ Si será un cadáver !—exclamó espantada la portera.

—Puede que no andes muy descaminada, dijo su marido.

En aquel momento apareció el desconocido en el umbral.

—Aquí,—dijo en tono seco,—no recibiré más que á una sola persona; no dejarán ustedes entrar á nadie más. La persona de que hablo es un caballero, alto, de buena presencia, de unos cuarenta años, de aire sombrío y taciturno.

—¿ Su nombre ?

—No lo dirá. Nadie debe saber que viene á trabajar conmigo.

—Y entonces, ¿ cómo nos compondremos para saber que es él, y no despedirlo ?

—Dirá una frase convenida.

—¿ Y será ?

—«Quiero irme al demonio.»

El portero y su respetable mitad se hicieron atrás espantados, pero el desconocido sin advertirlo, se alejó tranquilamente dirigiéndose de nuevo á la buhardilla.

Aquel mismo día llegó el visitante. Era un hombre de aspecto desagradable. Fisonomía torva, cejas negras, ojos vivos é inquietos, color pálido. Llevaba una larga capa negra forrada de rojo, que envolvía toda su larga persona, y le daba un aire terrible.

—¡Quiero irme al demonio!—dijo con voz de bajo profundo que hacía estremecer las fibras de los porteros.

—Haga usted el obsequio de subir—respondió el marido tembloroso,—el caballero que usted quiere ver está en casa.

El hombre tenebroso vino desde entonces todos los días, á la misma hora, y los dos pasaban juntos gran parte del día, entonando canciones tan diabólicas que hubieran erizado el cabello de los transeuntes. Por la tarde, á eso de las cinco, salían juntos, para volver á comenzar al siguiente día la misma siniestra diversión.